

LA ÚLTIMA CENA

INTRODUCCION

La Teología en cuanto ciencia de Dios trasciende al tiempo. Quien cree en Cristo ya ha resucitado. La resurrección, en cuanto verdad teológica presupone trascender a la muerte. ¿Por qué? Porque el tiempo es muerte y la resurrección es vida. La encarnación o “tomar carne” de cada creyente implica la inmersión en el tiempo para resurgir, como Cristo, de la gran mentira que hemos fabricado y que llamamos muerte: “*Dónde está, oh muerte, tu aguijón*”. (*1 Cor 15,55*).

La teología católica siguiendo los pasos del Maestro, se encarna en el tiempo para demostrar que éste, únicamente existe en nuestro pensamiento. ¿Por qué, entonces, hablamos de la última cena? ¿Acaso el término “última” no habla por sí mismo de tiempo?

La frase “última cena” da por sentado que no es posible acudir a otro banquete similar. Asimismo, presupone que antes de la última cena, existieron otras. En cualquier caso esta expresión está determinada por el tiempo. ¿Es posible trascender a este tiempo y acercarnos teológicamente hablando a su genuino valor eterno?

Nuestra pequeña aportación con este ensayo pretenderá, desde el tiempo y desde la concepción lucana del hecho, alcanzar la eternidad. No pretendemos dar un salto pindárico, donde el finito alcance el infinito. Antes bien, todo lo contrario: en cuanto cristianos y por los méritos de Cristo, vivimos la eternidad; como Pablo afirmamos que la muerte no existe. Y desde esta vivencia mística intentamos dar respuesta a los interrogantes que nos plantea la “Última Cena”.

Nuestro trabajo, al encarnarse hablará del tiempo. Una vez encarnado pretenderá trascenderlo. De ahí que lo hallamos dividido en tres distintos y distantes apartados. En el primero hablaremos del pasado; en el segundo del futuro; y en el tercero del presente. Los dos primeros pertenecen al tiempo, el último a la eternidad.

Cristo siempre reclamó el aquí y el ahora, ¡el presente!. ¿Y tú, qué crees? (1). La respuesta exigida siempre es en presente. En el presente en plenitud no entra el pasado, que ya ha muerto al no ser presente, ni el futuro, que es la evasión ilusoria de lo que queremos ser al soñar que no hemos sido. El ser fue, es y será, caso contrario no sería (2).

Cristo nos mostró que como hijos del altísimo, no podemos dejar de ser. El ser, por tanto, siempre es eterno. ¿Y tú, qué crees? La pregunta sigue señalando la gran verdad.

Lancemos desde el tiempo una mirada a la última cena de Lucas comenzando por lo que hemos denominado “el pasado”.

EL PASADO

Comprender el proceder del Jesús de la historia exige conocer el pensamiento de la época que le tocó vivir en cuanto hombre (3). Cuantas veces en nuestra sociedad actual hemos repetido la frase “Pero oye, tú y yo ¿cuándo hemos comido juntos?”, allí donde se ha querido expresar un exceso de confianza. Efectivamente nuestros antepasados, de quienes hemos heredado esta frase o dicho popular, no invitaban a cualquiera a su mesa.

Comer con alguien trascendía la pura cortesía social. El invitado a un banquete era alguien más que un mero comensal. Las costumbres sociales del hombre espacial no le permiten, a veces, comprende que, por ejemplo, compañero es aquél con quien se comparte el pan. El com-panero, el que parte y comparte el pan en la misma mesa.

Para asimilar la fuerza de las palabras de Jesús y su concreto comportamiento ante el hecho social del “sentarse a la mesa”, miremos al pasado y como tal, a la herencia que le tocó trascender ¿Cómo se comportaban los contemporáneos a Jesús, ante el hecho concreto de una invitación a comer?.

En este apartado que denominamos pasado, daremos una pequeña pincelada sobre las culturas griega y romana, así como a la forma de pensar que, al respecto, tenía el pueblo judío. Únicamente así podremos entender las barreras que Jesús de Nazaret tuvo que derribar. Y lo que es más importante, que eligiera algo tan habitual como es el hecho de comer, para a través de el mismo, descubrirnos el Reino de Dios.

1.- Griegos y Romanos

Comenzaremos diciendo que el comer es el alma de toda cultura (4). Por ejemplo, en el siglo XX y dentro de la cultura occidental, se puede afirmar que la cocina mediterránea es inseparable de la cultura mediterránea; de hecho, su rica variedad va unida a la diversidad de lenguas que tiene (sólo en las costas españolas, catalán, castellano, valenciano, mallorquín). Conquistar una nación exige la conquista de su lengua y de su cocina. La sabiduría de Israel, muy a su pesar, tuvo que asimilar esta verdad social, cada vez que su pueblo era deportado. En Babilonia comenzó la gran conquista del enemigo. A Israel, un pueblo extraño, se le imponía una lengua y una cocina distintas de la propia. Por ello los profetas del exilio recuerdan constantemente sus raíces. La historia sacerdotal se ocupa en el Pentateuco de forma extremadamente meticulosa, qué, cómo, dónde, y cuándo ha de comerse. La profundidad de esta gran verdad religiosa y social la sigue defendiendo el actual pueblo de Israel con igual vehemencia que hace siglos.

La sociedad grecorromana que tanto influyó en el acontecer de Jesús de Nazaret tenía al respecto reglas muy estrictas. Difícilmente podremos asimilar lo revolucionario que tuvo que parecer Jesús en su época, si no observamos las costumbres que, con su actuación, criticó y menospreció.

Con razón sus contemporáneos le llamaron a modo de insulto “comilón y bebedor”(5). No tanto por lo que comía y bebía, sino por la forma en que comía y bebía. El último eslabón de este proceder es lo que llamamos “la última cena”.

Griegos y romanos cuidaban de los alimentos tanto como de la forma y manera en que los comían. No todos los invitados a un banquete disfrutaban de la misma

cortesía. El anfitrión situaba a cada comensal más o menos cerca de él, dependiendo del rango social que suponía tenía cada uno de los invitados.

Esta antigua costumbre la vemos reflejada en la pintura representativa del arte cristiano. Por ejemplo: todos los artistas que han plasmado en sus cuadros la obra pictórica titulada la última cena, colocan a San Juan, el llamado discípulo amado, junto a Jesús, y a Judas, el discípulo traidor, en el lugar más alejado del maestro.

Los puestos tenían un importante valor, De hecho oímos decir a los discípulos: “ *Manda que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda*” (Mc 20,21)

Incluso en la otra vida quieren mantener puestos de privilegio tal y como, socialmente, se mantienen en esta. Puestos, que en muchas ocasiones eran motivo de discordia. Es sintomático al respecto observar que en la mitología griega, Anfitrión, rey de Tiriato, guerreaba contra los tieleboides y los tafios mientras Zeus, adoptando su aspecto, seducía a Alcmena de la que nació Hércules. De ahí el significado de su nombre: Anfitrión el que asedia por ambos lados. (6).

Efectivamente, los comensales, de hecho, se sentían asediados por el anfitrión, ya que, dependiendo del lugar donde fueran situados a la hora de sentarse se les daba mayor o menor relevancia ante el resto de los asistentes. Pero las diferencias no terminaban ahí, éstas podían aumentar considerablemente a la hora de servir los manjares. Y es que no todos comían los mismos alimentos.

En un contexto romano oímos decir a Marco Valerio Marcial: “*Siendo invitado a la cena, no ya en calidad de cliente, como antes ¿por qué no me sirven los mismos manjares que a ti? Tú comes ostras engordadas en el lago Lumio, yo tengo que vaciar un mejillón con mi boca. A ti te sirven champiñones, a mí hongos del estercolero de los cerdos*”.(7)

El testimonio de Plinio es, si cabe, más esclarecedor: “ *Es una larga historia el relato de lo que sucedió cuando un hombre no estimado socialmente participó en una cena con uno que se tenía a sí mismo por famoso y próspero económicamente, aunque a mí me parecía sórdido y derrochador. Al rico y a otros pocos se les sirvieron algunos platos magníficos; a los demás, pocos y malos, También proporcionó en pequeños recipientes tres clases diferentes de vinos; pero no se piense que cada invitado podía elegir el que quisiese; en absoluto podía elegir. Una clase era para él y para mí; otra clase, para sus amigos de un orden más bajo (por que coloca a sus amigos según categorías), y la tercera clase para sus libertos y los míos: el que estaba sentado junto a mí se dio cuenta y me preguntó si me parecía bien. Yo le dije que no. El volvió a preguntarme: Entonces, ¿qué costumbre sigues tú?. Pongo a todos lo mismo, porque cuando invito, lo hago para cenar, no para establecer diferencias. A quien he colocado en igualdad conmigo, admitiéndole a mi mesa, lo trato como un igual en todos los aspectos. ¿También a los libertos? Preguntó. También, porque en tal ocasión no les veo como libertos, sino como compañeros. El me dijo: Te debe de salir muy caro. En absoluto. Me volvió a preguntar cómo era esto posible, y yo le dije: porque mis libertos no beben el mismo vino que yo, sino que yo bebo el suyo*”.(8.)

Este diálogo de Plinio refleja y afirma todo lo expuesto hasta el momento. Así cuando Juan en su evangelio nos deja constancia de que Jesús en las bodas de Caná de Galilea saca el buen vino al final y lo reparte entre todos, los comensales no comprenden su proceder: “*Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos, el peor*”... (Jn 2,10). El primer milagro de Jesús comienza por tambalear el orden social previamente establecido, ya que reparte lo que hay entre todos, comenzando por los más necesitados y sin respetar el valor material de la cosa dada. En la exposición del milagro de las bodas de Caná, Jesús invierte el orden de valores pre-

establecidos: el buen vino al final. Asimismo, y como iremos viendo, invierte el orden cronológico de los puestos: *“los últimos serán los primeros”*(Lc 13,30). Tanto para griegos como para romanos este pensamiento era antisocial. Y ello por que en los banquetes, al margen de comer, se escuchaba la disertación de algún erudito invitado y se dialogaba con más o menos controversia sobre la exposición efectuada. Dentro de este contexto tenemos que introducir los banquetes en los que participaba Jesús y en los que aprovechaba para exponer su mensaje. Por esta razón, leemos en los evangelios la frase de *“recostados a la mesa”* (Lc 5,29). El momento de recostarse correspondía al inicio de la exposición-diálogo que había motivado el banquete. Se recostaban para escuchar al anfitrión y al invitado principal. Lógico es suponer que cuanto más alejados se estaba de ambos, menos importancia social se tenía y menos se enteraban de lo que allí se decía (9).

Los judíos, por tanto, no eran ajenos a estas leyes. Veámoslo.

2.- Los Judíos

El radicalismo del pueblo judío al respecto era, si cabe, mayor: En el libro de los Jubileos del siglo II A. C. Leemos: *“Hijo mío, Jacob, recuerda mis palabras y guarda los mandamientos de tu padre, Abraham. Apártate de los gentiles, no comas con ellos...”* (22,16)

Cuando, como en el caso de Judit, tiene que sentarse a la mesa con Holofermes, trae sus propios alimentos servidos por su sierva: *“Díjole Holofermes: Bebe y alégrate con nosotros. Y contestó Judit: beberé, señor, que yo tengo este día por el más grande de toda mi vida. Tomó lo que la sierva le había preparado, y comió en presencia de Holofermes”* (Jud 12,17)

Las prohibiciones mosaicas no legislaban sobre la forma de compartir mesa con los extranjeros, no obstante, las leyes sobre la pureza de los alimentos dejaba pocas posibilidades al creyente (10). No es por tanto extraño que con el tiempo llegara a considerarse impuro al pagano, y como tal, origen de impureza, igual que al alimento *“Así permaneció tres días en el campamento saliendo cada noche al valle de Betulia para bañarse en el agua de la fuente. Luego que entraba limpia permanecía en la tienda hasta que le traían la comida...”* (Jud 12,7-9).

Las normas judías eran estrictas no solo con el foráneo, también los admitidos en la comunidad debían acatarlas. Los esenios del Qumrán reflejan en su regla los mismos comportamientos que griegos y romanos: *“Comerán juntos, juntos bendecirán y juntos tomarán consejo... que no falte entre ellos un sacerdote; cada uno, según su rango, se sentará ante él...”* (1 QS 6, 2-5) (11).

Cada comensal debía sentarse más o menos cerca del sacerdote dependiendo del rango que ostentase. De hecho un novicio no tenía los mismos derechos en la comida y en la mesa que los ya admitidos en la comunidad: *“Que no toque los alimentos del banquete de los numerosos hasta que complete un segundo año en medio del los hombres de la comunidad”* (1 QS 6, 18-21),

Para el pueblo judío sentarse a la mesa a degustar la comida era algo más que un evento social, era un acto sacral que retrotraían al mismo Yahvé.

La victoria del gran día de Yahvé sobre toda nación se realizaría con gran abundancia de alimentos en el banquete escatológico: *“Y preparará, Yahvé de los ejércitos, a todos los pueblos sobre este monte, un festín de succulentos manjares; un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos generosos clarificados. Y sobre este monte hará desaparecer el velo que oculta a todos los*

pueblos, la cortina que cubre a todas las naciones. Y destruirá la muerte para siempre y enjugará el Señor las lágrimas de todos los rostros, y se alejará el oprobio de su pueblo, lejos de toda la tierra por que Yavhé ha hablado” (Is 25,6-8).

Es interesante observar que el profeta vincula la aniquilación del tiempo, que es muerte, con el banquete escatológico. El Señor que enjugará las lágrimas es aquel que años más tarde en otro banquete al que denominamos la última cena, retoma la teología de Isaías para expresar la verdad del Reino de Dios. Una verdad que, por trascender al tiempo, se sitúa en la última posible que ha de ser encarnada, para descubrir, a través de ella, la eternidad del reino cristológico. Reino que el profeta Isaías, tiempo atrás, había profetizado que se revelaría a través del acto social de un banquete, en el que el mismo Yavhé prepararía abundantes y succulentos manjares.

EL FUTURO

El futuro, como el pasado es tiempo, por lo tanto muerte. No obstante, entre uno y otro existe una pequeña diferencia: el pasado es egocéntrico y el futuro es excéntrico. El futuro es el tiempo que busca y desea ser trascendido; el pasado es el tiempo encerrado en su propia destrucción.

Si observamos la mayoría de las mentes que pueblan el universo (y no pueden ser observadas si no es a través de la propia) están presas en el pasado. De ahí que se vean incapacitadas para ver el futuro; es más, cuando creen atisbar el horizonte, únicamente contemplan el espejismo que refleja lo ya vivido.

La encarnación de la Verdad se efectúa en el tiempo, pero éste ha de ser futuro. Jesús en cuanto hijo de Dios asume el tiempo, que es muerte, para trascenderlo en la resurrección. El futuro aunque muerte, clama por la vida; el pasado se ancla en su propia destrucción. Cristo se encarna en el tiempo que busca la liberación y es desde este tiempo que trasciende a la muerte. Jesús en el evangelio va hacia un futuro que recapitulamos en la cruz; y es en ese tiempo futuro, al que siempre se encamina, donde resucita.

Los banquetes en el evangelio de Lucas

El evangelista Lucas recurre al tema de los banquetes para exponernos las continuas polémicas que Jesús tuvo con fariseos, escribas y publicanos:

“Después de esto salió y vio a un publicano por nombre Leví sentado al telonio y le dijo: sígueme. El, dejándolo todo, se levantó y le siguió. Leví le ofreció un gran banquete en su casa con la asistencia de gran multitud de publicanos y otros que estaban recostados con ellos. Los fariseos y los escribas murmuraban hablando con los discípulos ¿por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?”(Lc 5,27-30). La pregunta que formulan a los discípulos trastoca el orden social establecido. La actuación de Jesús hace murmurar a los legalistas ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?. El plural empleado por Lucas contrasta con el singular de Marcos: *“¿por qué come con los pecadores y publicanos?”* (Mc 2,16). El evangelio de Lucas es eminentemente comunitario, por tanto, plural; va encaminado hacia el actuar de la comunidad que reclama el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Por otra parte, la comunidad cristiana que refleja el evangelista contrasta con la judía: aquella se anclaba en el ayuno del Bautista (= pasado), ésta en la participación del banquete sin traba alguna: *“Este acoge a los pecadores y come con ellos”* (Lc 15,2) (= futuro).

La universalidad del mensaje cristológico comienza a captarse, es decir, a encarnarse en el tiempo a través del compartir la mesa.

“Cuando hagas una comida o una cena, no llames a tus amigos ni a tus hermanos, ni a los parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos, a su vez, te inviten...” (Lc 14-12).

El acto social de invitar a comer llevaba inmerso un compromiso a futuro, toda vez que el anfitrión confiaba siempre en que sus comensales le devolverían, a su vez, la invitación. Esta expectativa a futuro era una exigencia de cada banquete.

La ruptura con el orden establecido que exige Jesús es radical: *“...no sea que ellos, a su vez, te inviten...”* (Lc 14-12). La sociedad que va a encarnar el mensaje

crístico ha de girar 180 grados y uno de los vehículos de este cambio será la forma de compartir la mesa: “ *los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones y asimismo los de los fariseos; pero tus discípulos comen y beben*” (Lc 5-33). Muchas de las costumbres sociales del pasado no entran en los cánones evangélicos. Las exigencias de Jesús trascienden las normas establecidas, en este caso, representadas en la figura del Bautista. Jesús trasciende dichas normas para desvelar en todo tiempo el Reino de Dios.

Un Reino que se descubre allí donde se trasciende el tiempo. ¿Cómo es posible trascender el tiempo?. Lucas nos sitúa en un futuro no recompensado, en un tiempo donde no se puede devolver el favor dado: “*Cuando hagas una comida, llama a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, y tendrás la dicha de que no puedan pagarte, porque recibirás la recompensa en la resurrección de los Justos*” (Lc 14,13-14).

Griegos, romanos y judíos esperaban en todo momento la recompensa material: hoy por ti, mañana por mí. Jesús sitúa al creyente en un futuro incierto en el que la recompensa depende, no ya del acto, sino de la actitud: “*un hombre hizo un gran banquete e invitó a muchos. A la hora del banquete envió a su siervo a decir a los invitados; venid que ya está preparado todo. Pero todos unánimemente comenzaron a excusarse. El primero dijo: he comprado un campo y tengo que salir a verlo; te ruego me des por excusado. Otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y tengo que ir a probarlas; ruégote que me des por excusado. Otro dijo: he tomado mujer y no puedo ir. Vuelto el siervo comunicó a su amo estas cosas. Entonces el amo de la casa irritado dijo a su siervo: sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos tráelos aquí. El siervo le dijo: Señor está hecho lo que mandaste y aún queda lugar, y dijo el amo al siervo: Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar para que se llene mi casa, por que os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados gustará mi cena*” (Lc 14,15-24).

Los invitados a la mesa de Jesús tienen que aceptar la incondicionalidad de su mensaje. Una incondicionalidad tan radical que no se supedita ni a la fuerza de la sangre: “*si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y aún a su propia vida, no puede ser mi discípulo*” (Lc 14,26) Ciertamente que el aborrecimiento que proclama Jesús hay que entenderlo dentro de la concepción machista de la familia judía donde comprar una yunta de bueyes se compara a tomar mujer. Buey y mujer eran propiedad del varón.

El anfitrión de la parábola observa como uno a uno, todos sus posibles comensales van excusándose para no acudir al banquete. Él, según la costumbre, los avisa con tiempo suficiente para que conozcan de antemano, tanto la naturaleza del convite, como los participantes convocados. Los llamados a la cena van excusándose porque superponen la fuerza de la ley a la llamada del amor. Lucas sitúa al creyente ante la disyuntiva de aceptar un banquete sin recompensa social posterior. La respuesta es lógica: todos rechazan la invitación. ¿Cómo aceptar un convite donde el anfitrión no guarda el orden establecido y, para colmo de impropiedades, exige la asistencia de los marginados?.

Trascender el tiempo, que es muerte, no permite exclusión alguna. La parábola lucana es, al respecto, enormemente pragmática: el banquete se va a celebrar al margen de lo que deseen los comensales invitados. Y ello porque la importancia del banquete no está supeditada a la de los comensales; se impone trascender el acto social para aprehender la actitud religiosa que lo hace posible.

El anfitrión obliga a entrar a los que creen no poder participar de esta comida. Los contemporáneos a Jesús no saldrían de su asombro al escuchar que también los marginados que se encontraban fuera de la ciudad podían entrar en el convite. El evangelista sitúa la acción por la noche, se trata de una cena. Durante el día las puertas de las murallas se abrían para que el tránsito y el mercadeo pudiera efectuarse. Al llegar la noche y antes de cerrar las puertas de la ciudad había que abandonarla, permaneciendo en torno a las murallas, a no ser que se tuviera residencia o dinero para pernoctar en las posadas.

El amo de la casa manda a sus siervos, en principio, a las plazas y calles de la ciudad, luego fuera, a los caminos y por último a los cercados, es decir, a los lugares en los que habitaban las gentes de peor prestigio social. No es extraño que tenga que obligarles a entrar. Nadie en su sano juicio les habría invitado.

Los comensales conocen la actitud del anfitrión, por esto uno a uno van rechazando la invitación. La universalidad del amor no admite exclusión alguna. El creyente que entra en el banquete no puede pretender adquirir algo nuevo, porque el llamado a la mesa ¡lo tiene todo!. Quien pretende tener, no ha descubierto que el reino se halla en el Ser. Pasado y futuro, tiempo en definitiva, muerte, que se trasciende para convertir el sueño en vigilia.

“Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida y de repente venga sobre vosotros aquel día... Velad, pues, en todo tiempo...” (Lc 21,34-36).

En la parábola de los invitados descorteses, vemos que los comensales están llenos de preocupaciones, cada cual expone la suya. Pero el día ha llegado para quien, vigilante, está dispuesto a encarnarse. La encarnación presupone morir a la antigua economía. Quien trasciende al tiempo ha nacido de lo alto y convierte el pasado y el futuro en un eterno presente.

EL PRESENTE

El presente corresponde a la acción que se está realizando. Acción que si como reclama el evangelio es virginal, no emana de hechos pasados. Quien duerme sueña con acontecimientos del pasado que intenta traspasar al futuro; quien vigila, como las vírgenes en espera del esposo, vive en la luz y en la vida y, por tanto, no puede quedarse sin aceite... ¡porque no lo necesita! (Lc 12, 35-40; Mt 25,1-13).

Lucas, como teólogo, va intentando morir al tiempo hasta crucificarlo en la cruz. Sus contemporáneos se resisten a seguir el camino y vuelven una y otra vez a la esclavitud de la ley que impone la sociedad. Los invitados que se excusan no quieren transgredir las normas sociales. Les importa más la tradición que la acción. Adivinan que en el banquete al que son invitados se van a romper las normas establecidas. ¿Por qué? Porque el evangelista, sitúa al lector en una tensión previa que no permite dudas al respecto.

En el inicio del capítulo 14, rompe con la observación del sábado; en 14,7-11 le da más relevancia al último puesto en un banquete que al primero y en 14,12-14 pide a los anfitriones que no inviten a comensales que puedan, a su vez invitar, sino a los que no puedan devolver el favor; los pobres, tullidos, etc. A continuación en el versículo 15 comienza la parábola, ¿no es lógico adivinar lo que va a suceder?. El lector de su evangelio tiene que responder ante el dilema presentado. ¿Cuál sería tu respuesta, en tu presente.? ¿Quedar anclado en el pasado o transformar el tiempo en eternidad?.

La última cena

El creyente que llega a esta etapa del camino sabe que va a celebrar su último banquete. El tiempo va a ser transformado definitivamente. ¿Cómo?. La respuesta es tan difícil desde la palabra como fácil desde la vivencia. ¡Se impone vivenciar lo acontecido en la última cena!. Ahora bien, esta vivencia no guarda relación alguna con la cronología. La última cena no ha de verse desde la óptica temporal, es decir, es última porque tras ella, Jesús murió. La última cena es un experiencia única que ha de transformar la vida del creyente. El evangelista Lucas ha ido preparando al lector de su mensaje para que en el momento que le toque vivir (siempre aquí y ahora) descorra el velo de la ignorancia y vivencie en su personal experiencia lo que allí sucedió. Poco es conocer lo acontecido hace siglos: ¡El creyente ha de celebrar con Cristo su último ágape... en el tiempo!. A partir de este instante de eternidad, habrá resucitado ¿crees esto?. (Jn 26).

Jesús dice: *“id y preparadnos la pascua para que la comamos”*. (Lc 22,8), Lucas vuelve a expresar el carácter comunitario de lo que va a suceder y en donde nadie va a ser excluido. La última cena va a ser un banquete para todos, Jesús la va a comer con sus discípulos: *“para que la comamos “*. La tradición más antigua

representada por Marcos se expresa, nuevamente, en singular: “¿Dónde quieres que vayamos para que preparemos la Pascua y la comas?” (Mc 14,12)

La última cena expresa la comunión entre toda la humanidad; el paso en donde la individualidad no es excluyente porque el individuo, en cuanto ser humano, lo abarca todo en el Todo. Lucas expresará esta universalidad en la segunda parte de su escrito. Efectivamente el libro de los Hechos de los Apóstoles expresa magistralmente que fuera del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no existe nada. La Iglesia encarnará la verdad desde la catolicidad de su fe. Lucas, por tanto, nos va a invitar, junto a los apóstoles, a comer la Pascua. Esta última cena será “el paso” de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad.

La memoria de la humanidad no necesitará de pasado alguno, éste será el último, “Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19b). Esta memorización comunitaria es, también, exclusiva de Lucas, el resto de los sinópticos omiten la perícopa. A partir de este instante, Jesús no va a comer ni a beber más “...porque os digo que no comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios... porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios”. (Lc 21,16-18)

El creyente que ha recorrido el camino tiene que tener los ojos abiertos para ver, como el ciego de Jericó, lo que está sucediendo (Lc 18,35, 43). “¿Qué quieres que te haga?, dijo él: Señor, que vea. Todo el pueblo que esto vio daba gloria a Dios” (Lc 18,41-43).

No es fácil ver lo que aquí sucede, de hecho, los apóstoles siguen ciegos: “Se suscitó entre ellos una contienda sobre quién de ellos habría de ser tenido por mayor”(Lc 21,24).

Los apóstoles continúan en el pasado. Discuten entre ellos la posición en la que deben sentarse. ¡Nada ha cambiado para el que no ve!. Jesús responde: “¿Quién es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está sentado? Pues yo estoy en medio de vosotros como quien sirve”(Lc 21,27)

La nueva economía es radicalmente distinta. Si bien es cierto que se encarna en lo conocido, exige trascenderla hasta tal punto que el anfitrión se convierte en servidor. El más grande ha de ser el más pequeño. Poco es situarse, como comensal, en el último puesto, ahora hay que ser servidor.

El que sirve se humilla y el que se humilla será ensalzado. La humillación social será la puerta que abra el Reino de Dios: “Permaneced en casa y comed y bebed lo que os sirvieren, porque el obrero es digno de su salario. No vayáis de casa en casa. En cualquier ciudad donde entrades y os recibieran, comed lo que os fuere servido y curad a los enfermos que en ella hubiera y decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros (Lc 10,7-9).

El obrero es digno de su salario. El que da lo que tiene, merece toda la dignidad, y el que perdona al que no tiene, Yahvé lo bendecirá (Dt, 15). El honor y la grandeza de lo percibido dependerá del amor del que lo da y no de la cosa dada. A partir de esta revelación el reino de Dios se hace presente en cada comida ya que no se puede comer si no se comparte.

“Y se apoderó de todos los espíritus el temor, pues muchos eran los prodigios y señales realizados por los apóstoles; y todos los que creían vivían juntos, teniendo todos sus bienes en común; pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según las necesidades de cada uno” (Hech 2,43-45).

El evangelista Lucas nos muestra cómo ha de ser el reino de Dios. Cada creyente lo ha descubierto en su interior. ¿Cómo? Paso a paso, comida a comida, los discípulos fueron desvelando el misterio: compartir el pan sin pobres ni ricos, sin puestos a

derecha o izquierda, sin alimentos puros o impuros, sin nada que, en definitiva, separe y en donde la común – unión sea plena.

En la última cena se plenifica esta verdad. La comunión trasciende a los alimentos que la componen. Jesús no bebe, no come, es más, promete no comer ni beber hasta que el reino alcance al creyente. Esta promesa o voto que hace Jesús era frecuente entre sus contemporáneos religiosos. El promete ayunar porque desea ardientemente que todos pasemos al reino *“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros...”* (Lc 22,15).

El paso de la antigua a la nueva economía la ha deseado Jesús con vehemencia. La hora ha llegado. Todo su mensaje y subida hasta Jerusalem culmina en la última cena. En una cena en la que, si observamos detenidamente, Jesús no come alimento alguno. Es más, el cordero que se nos presenta en el plato, es su propio cuerpo. *“Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros”* (Lc 21,19). (12)

Jesús en la última cena trasciende el tiempo. Nos sitúa en el instante presente donde cada acción es plenamente nueva. Cualquier alimento, “es” el alimento si está impregnado de amor. El alimento de la nueva buena es el del Hijo de Dios: el Hombre. ¿Cómo y dónde descubrir esta revelación?

Dios hecho hombre nos muestra que día a día podemos pasar del tiempo a la eternidad cuando nos sentamos en torno a la mesa. Allí – aquí, poco es compartir materia (alimentos) hay que compartir espíritu. Trascender la materia encarnada es aprehender que “esto es mi cuerpo”. No hay más cuerpo que el “cuerpo”. Cada creyente tiene el suyo propio que se unifica en el de Cristo. El pan y el vino son el mito a trascender; la última cena el rito a vivenciar. Jesús comparte su materia con nuestra materia, es el com-panero de la nueva economía. Ahora bien, en esta economía , verdaderamente, no hay materia alguna.

Jesús, para ser lo que es, el Cristo, no precisa tomar alimento alguno. Por supuesto que para llegar a la última cena hay que comer y beber ¡qué duda cabe!. Más cuando el misterio se encarna como El lo hizo, el homínido se trasforma en humano.

El cordero pascual es Cristo. Cristo es Amor. Y el Amor es el Reino. *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22-19 b)

¿Cuál es el acto comunitario que después de veinte siglos continuamos realizando mas asiduamente? La comida, no existe nada más inmanente,. Por ello Jesús desea trascenderlo. Los judíos que no aceptan el mensaje (como los cristianos del siglo XX) en el siglo primero de nuestra era, tienen mesas separadas y no se juntan con el resto de los hombres en la mesa (13). Lucas en su evangelio va mostrando comida tras comida la actuación de Jesús. *“Le invitó un fariseo a comer con él”* (Lc 7, 36) *“.. Mientras hablaba le invitó un fariseo a comer con él”* (Lc 11,37)...” *“Habiendo entrado en casa de uno de los principales fariseos para comer ...”* (Lc 14,1).

Compartir la mesa le permite a Jesús, en la época que le tocó vivir, acercarse al pueblo precisamente, a través de los separados (= fariseos) (14). Ellos son los ortodoxos del judaísmo. Jesús en el evangelio de Lucas, transgrede la tradición en la zona más sensible socialmente hablando; la comida. Con razón se ha llegado a afirmar que Jesús fue crucificado por la forma en que comía, y que para Pablo la esencia del cristianismo era “syn esthien”(comer –con).

Han pasado veinte siglos del evento conocido como la última cena; hoy en el presente de nuestra existencia, seguimos compartiendo día a día mesa y mantel con nuestros contemporáneos. La pregunta que hemos de formular nos sitúa, nuevamente, ante el relato lucano. El evangelista comienza su evangelio diciendo *“Sucedió, pues, que ejerciendo él sus funciones sacerdotales delante de Dios según el orden de su*

turno, conforme al uso del servicio divino, le tocó entrar en el santuario del Señor para ofrecer el incienso ...” (Lc 1,8-10) Y termina su escrito con la siguiente perícopa “Y estaban de continuo en el templo bendiciendo a Dios” (Lc 24,53). Principio y final de su evangelio en el Templo de Yahvé.

La tradición se mueve en el pasado, en las leyes prescritas que oprimen al pueblo y cuyos seguidores más legalistas son los fariseos. La nueva economía no va tanto contra los increyentes, sino contra los manipuladores de la creencia... y el que tenga oídos....

El libro de los Hechos comienza en la intimidad, en casa “*y comiendo con ellos, les mandó no apartarse de Jerusalem” (Hech 1,4)*

Asimismo termina diciendo: “*dos años enteros permaneció en una casa alquilada, donde recibía a todos los que venían a él...*” (Hech 28,30)

El Templo del evangelio se trasciende en la casa de los Hechos. Lucas recorre en su evangelio un camino que llega hasta Jerusalem y allí trasciende la tradición en el relato de la última cena.

Por supuesto que no se trata de mostrar cronológicamente la última comida posible . De hecho, Jesús no comió. Posteriormente le vemos, nuevamente, a la mesa tomando y partiendo el pan con los discípulos de Emaus. (Lc 24,30). Dado este supuesto tendríamos que afirmar que la última cena, fue la penúltima. La pregunta que sigue en el aire desde el principio de este ensayo es ¿y tú qué crees?. Ayer cenaste, posiblemente hoy ya hayas comido; si es así, ¿piensas volver a comer o, por el contrario, inmerso en la eternidad del evangelio, has trascendido la “última cena”?. De no ser así, tu última cena, querido lector, aún no ha llegado.

CONCLUSIÓN

Ayer la costumbre se hizo ley. La ley marca las diferencias entre lo admitido y lo prohibido. Cuando la ley no está supeditada al amor, la humanidad queda por debajo de la norma. El evangelio proclama que no está hecho el hombre para el sábado. El sábado, en cuanto día dedicado a Yahvé, aglutina la esencia de la religión judaica.

Uno de los actos sociales que religiosamente hablando era más respetado es, sin duda, la comida. Tanto griegos como romanos la situaron en el centro de su acontecer. Los judíos, asimismo, le dieron una primordial relevancia.

El evangelista Lucas va escalonando su evangelio de comida en comida a fin de encarnar social y religiosamente hablando el mensaje de Jesús.

Lucas aprovecha cada banquete para ir preparando a su lector. Aquí no es importante el alimento; allí no es relevante el puesto; más allá nos dirá que lo importante no es el anfitrión, más acá que los comensales carecen de importancia. En definitiva, paso a paso va llegando hasta Jerusalem para situar al creyente en la última (¿o primera?) cena.

En esta cena, y tras mostrarnos con la actuación de Jesús que el pasado ha de ser cambiado por un nuevo horizonte al que hemos denominado futuro, nos invita a trascender pasado y futuro para alcanzar el presente que es, en categoría teológica, la eternidad.

Aquí y ahora, el cristiano se encuentra en la disyuntiva de vivir (eternidad) o morir (tiempo). La última cena es la puerta hacia la resurrección. ¿Y tú, qué crees?.

Lucas sitúa al creyente ante la mesa del Nazareno. En ella se comparte, no ya el alimento, sino la humanidad. Todo, en cuanto humano ha de ser trascendido. El pan es el símbolo, el signo del milagro allí acontecido. No es preciso comer cordero, el alimento del reino de Dios, no precisa sacrificio alguno.

Cada día y en cada lugar puede producirse el milagro. Jesús recurre a un episodio tan habitual y normal como es el de sentarse a comer. El creyente al compartir el pan puede (¡debe!) trascender lo immanente. Socialmente no existe acto más reiterativo que el de la comida. Por ello, teológicamente, no encontramos un evento que pueda ser trascendido con más asiduidad.

Jesús, en cuanto encarnación del mismo Dios, eligió un pueblo oprimido y esclavo que pudiera asimilar el mensaje de la cruz. El reino de Dios del Deutero Isaías, comenzó a vislumbrarse en la deportación a Babilonia, posteriormente en la apocalíptica de Antíoco Epifanes y finalmente en la opresión romana.

Jesús recogió este sentir para sublimarlo en la cruz. Allí, en el aparente abandono de Dios, es donde el centurión exclama: "*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios*". (Mt 27,54)

El camino hasta la cruz tiene un instante eterno; el presente de la última cena. En la cruz no hay muerte, en la última cena no hay alimentos: quien traspasa el vino y el pan alcanza el cuerpo del resucitado. ¿Y tú, qué crees?

Jesús sigue preguntando y la respuesta ha de ser dada de forma personal e intransferible. Quién llega, comida a comida, hasta la última y acepta la resurrección crística, descubre en algo tan humano y normal como es compartir el alimento, que el Reino de Dios ha llegado. Porque el Reino, que es amor, hay que vivenciarlo en todo momento. Y veinte siglos después de aquella última cena, seguimos, como creyentes, encarnando día a día el reino que Cristo nos brindó, cada vez que trascendemos el tiempo en algo tan immanente y a la vez tan espiritual como el compartir el pan con nuestro prójimo.

En la última cena Jesús promete no volver a comer pan ni a beber vino hasta que el reino alcance al creyente. El, se siente alcanzado y lo vivencia en su personal existencia. Esta es la razón por la que le oímos decir: Mi reino no es de este mundo. No se trata de un reino de otro mundo más allá de las estrellas. Se trata de este mundo, pero transformado por la compasión y por la misericordia hacia el prójimo.

En el reino de Jesús, se comparte todo. Este compartir es la “puerta” de ese otro mundo que El promete ¿Cómo abrirla? Jesús, en la última cena, vendrá a decir que siempre ha estado abierta, para el que tiene ojos y ve: Quien trasciende lo puramente material, se trasciende; poco es dar, hay que darse. En la última cena, el alimento no llena el estómago, plenifica el espíritu. El anfitrión es el sirviente y los comensales pasan a la otra orilla viendo por primera vez (el pan y el vino son el signo) que la materia ha sido transformada en el cuerpo de Cristo.

A partir de este instante eterno, cada comida se convierte en signo de aquella última que se realizó en el tiempo. El creyente ya no es un simple homínido nacido de su padre y de su madre. El creyente, como Cristo, se sabe nacido de lo alto, no tiene más Padre que a Dios, por ello, es el ser encarnado en el tiempo que viviendo su presente de instante en instante y sin pasado que le condicione, transforma la sociedad que le ha tocado vivir. Desde esta nueva perspectiva trasciende la muerte porque se sabe resucitado con Cristo. ¿Crees esto?...

NOTAS

1.- “ ¿Tú crees en el Hijo del Hombre? El respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?. Jesús le dijo: Le has visto: el que está hablando contigo, ese es. El entonces dijo: creo, Señor” (Jn 9,35-38). Para la fe cristiana, “si le has visto, siempre está hablando contigo”. ¿cómo?. A través de cada acontecimiento de la vida que ocurre de instante en instante ¡En un continuo y eterno presente!.

2.- Israel retrotrae este sentimiento hasta el manantial de donde emana su fe: Yavhé. Incluso en los momentos más pesimistas del creyente, le oímos decir en la asamblea (Cohélet): “ lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará...” (Qo 1, 9). “Lo que es, ya antes fue, lo que será ya es” (Qo 3,15).

3.- A este respecto, nos merece especial atención la obra que publicó hace años el historiador Vermes, Geza, Jesús el judío, Barcelona 1977.

4.- “Conocer qué, dónde, cómo, cuándo, y con quién se come es conocer la naturaleza de esa sociedad” . Cf. Farb P./ Armelagos, G. , Antropología de la Comida, Boston 1980, p. 211.

5.- “ Ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: ahí tenéis un comilón y un borracho...” Lc 7,33-34.

6.- Cf. Julien, N., Enciclopedia de los Mitos , Barcelona 1997, p. 34.

7.- G. Guillén, J, Epigramas de Marco Valerio Marcial, Zaragoza 1986, p. 66.

8.- Texto recogido en la interesante obra de Aguirre, R., La mesa Compartida. Estudios de N. T. Desde las ciencias sociales, Bilbao 1994, p. 35.

9.- “... El comedor se llama – tricinium- ... los romanos adultos, los hombres comen reclinados, apoyados sobre el hombro izquierdo, tendidos con la cabeza orientada hacia la mesa. Cuando asisten las mujeres y los niños están sentados”. Cf. Dupont, F., El ciudadano romano. Durante la república, Buenos Aires 1992, p. 129. Obsérvese que si entraban las mujeres los comensales permanecían sentados. Lo que quiere decir que en la mayoría de los casos cuando se recostaban era porque había disertación y polémica en la que no se permitía participar a las mujeres.

10.- El capítulo 11 del Levítico muestra las prohibiciones e impurezas de los alimentos. Lógico es suponer que en su mayoría eran alimentos apreciados por el enemigo. Esta era la mejor forma de evitar sentarse con él a la mesa.

11.- Estos y otros textos de Qumrán pueden estudiarse en la obra de González Lamadrid, A. , Los descubrimientos del Mar Muerto., balance de 25 años de hallazgos y estudio, Madrid 1971.

12.- “Por tanto, con suma probabilidad, Jesús habla de sí mismo como cordero pascual cuando usa las expresiones – esto es mi carne – y – esto es mi sangre ... –“ Cf. Jeremías, J., La última cena. Palabras de Jesús, Madrid 1980, p. 245.

13.- Cf. Aguirre, R., op. C., p. 36.

14.- Jesús es invitado por un fariseo y este se escandaliza de su comensal por no hacer las abluciones antes de comer. El relato lucano de la diatriba contra los fariseos legalistas va precedido de este logión ”Mira bien que la luz que hay en ti no sea oscuridad” (Lc 11,35). Los fariseos, de hecho, debieran ser luz y pureza y se han convertido en oscuridad e impureza. Las siete maldiciones que les laza en la comida (Lc 11,37-53) al margen del simbolismo que encierra la cábala numérica observamos con Epifanio Gallego que en la cuarta (justo la mitad) Jesús exclama “¡hay de vosotros, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo!” (Lc 11,44). Jesús con esta maldición está proclamando que la máxima impureza viene de aquellos que además de contaminar se ocultan cuando contaminan a los demás, como es el caso de la tumba que se pisa por desconocer su existencia. Esta idea ha sido expuesta por el citado autor en Varios, Jesús significa libertad. Praxis Liberadora desde el evangelio. Madrid 1987 Pp. 244-245.